



Capítulo 233 - ¡El caos está a punto de comenzar!

Las imágenes difundidas por televisión mostraron a Los Ángeles sumida en el caos.

Los edificios ardían, los coches explotaban sin motivo aparente, las farolas estallaban como fuegos artificiales y una multitud, presa del pánico, corría sin rumbo, sin comprender lo que ocurría. La escena era un auténtico infierno urbano.

Vergil frunció el ceño, claramente intrigado.

"Normalmente... ¿no ocurre esto en las dimensiones de batalla?", preguntó mirando a Paimon. "O sea, ¿no debería limitarse esta mierda a la realidad reflejada? ¿Cómo demonios afecta al mundo real?"



Había un dejo de irritación en su voz, mezclado con confusión.

Viviane suspiró, cruzándose de brazos mientras mantenía los ojos pegados a la pantalla.

"Demasiadas dimensiones superpuestas... El espacio no fue diseñado para albergar tantas capas en un mismo punto."

Se inclinó hacia delante, analizando cada detalle de la transmisión.



Es como sobrecargar un servidor con miles de procesos simultáneos. Con el tiempo, empieza a fallar. ¿Y ahora? Parece que la realidad misma se está desmoronando bajo la presión.

Virgilio chasqueó la lengua, molesto.

"Así que es un problema muy jodido y sin solución fácil".

Antes de que nadie pudiera decir nada más, la imagen del helicóptero que transmitía la escena comenzó a temblar violentamente.

El avión giró sin control, perdiendo altitud mientras la cámara capturaba los últimos segundos de la transmisión.

"Ah, mierda..." murmuró Viviane, abriendo mucho los ojos mientras veía cómo el helicóptero caía en picado.



De repente la pantalla se volvió negra.

Luego, la transmisión regresó a los periodistas en el estudio, ahora pálidos, con sus rostros llenos de puro pánico.

El silencio se apoderó de la habitación por unos instantes... Entonces Paimon levantó una ceja y se burló.

"Bueno... eso se intensificó rápidamente", dijo, cruzándose de brazos y esbozando una sonrisa de confianza irritante hacia los agentes del FBI.

—Bueno, ya que estás aquí, vamos a facilitarles la vida a todos. —Paimon chasqueó los dedos y señaló el mapa holográfico proyectado sobre la mesa.



Establezcan un perímetro en esos barrios y usen la excusa de siempre: ataque terrorista. Así, nadie cuestionará explosiones, criaturas extrañas o lo que sea que pase.

Los agentes intercambiaron miradas incómodas, pero John dejó escapar un suspiro cansado antes de asentir.

"Muy bien, enviaré a los equipos a actuar", dijo John, tomando una especie de radio y saliendo de la residencia de Sapphire. Mientras él se ponía en marcha para evacuar la zona, ella tuvo que dar algunas órdenes.

Paimon se giró lentamente hacia Zafiro, Stella y Raphaeline, con una sonrisa traviesa en los labios. Las tres ya sabían lo que venía a continuación.

Antes de que Paimon pudiera abrir la boca, Zafiro puso los ojos en blanco y resopló. "Oh, allá vamos..." Levantó la mano y empezó a mover los dedos como si manipulara una marioneta, imitando la voz de Paimon con un tono exageradamente burlón: "¡No luches, podrías causarles problemas a los demonios!"



Stella dejó escapar una fuerte carcajada, mientras Raphaeline simplemente se cruzó de brazos, con una sonrisa burlona en sus labios.

Paimon entrecerró los ojos, pero suspiró dramáticamente. "Bien, al menos lo conseguiste..." Negó con la cabeza. "Pero eso no significa que todos aquí vayan a quedarse de brazos cruzados."

Luego se giró hacia el sofá... Tres figuras desgarbadas estaban allí como gatos perezosos tomando el sol: Ada, Roxanne y Katharina.



Ada bostezó fuerte, sin siquiera molestarse en abrir los ojos. "No estoy de humor".

Roxanne estiró los brazos, encogiéndose de hombros, con la mirada fija en el televisor, donde helicópteros sobrevolaban la destrucción de Los Ángeles. "Sí, no me siento así."

Katharina, abrazada a una almohada, simplemente murmuró algo en señal de asentimiento: "Estoy cansada", dijo.

Paimon se masajeó las sienes, incrédula.

"Yo me encargo de esto, no te preocupes." La voz de Vergil atravesó la atmósfera mientras se acercaba al mapa holográfico, aún palpitando con puntos rojos.

"Solo dime dónde no atacar y a quién no matar", dijo, lanzando una mirada penetrante a Paimon, esperando instrucciones. No es que las necesitara... el plan inicial era simplemente exterminarlos a todos.

Una sonrisa traviesa curvó sus labios al ver que ambos pensaban igual... "No hay 'a quién no matar'". Se cruzó de brazos, sus ojos brillaban de emoción.

Si están detrás de esto, extermínenlos a todos. Ninguno debería sobrevivir. —Entonces su expresión se suavizó lo suficiente como para revelar un toque de cinismo.

"Por supuesto, perdonad a los demonios. Debemos proteger a nuestra raza...". Entonces sonrió con furia. "¿Pero al resto? Aniquiladlos."





"A tus órdenes", dijo Vergil antes de desaparecer...

—Se ha vuelto bastante hábil con la Teletransportación Demoníaca, ¿verdad?
—preguntó Viviane, limpiando la mesa con la calma de quien no se preocupa mucho por lo que sucede.

Mientras limpiaba, dos criadas entraron en la habitación con batidos y papas fritas. Se acercaron a la mesa donde estaban Katharina, Roxanne y Ada y colocaron los platos con un cuidado casi reverente. Luego, regresaron para ayudar a Viviane sin decir palabra.

Katharina cogió una papa frita, absorta en su mundo mientras revisaba su teléfono. Su dedo se deslizó por la pantalla y encontró el número que había estado evitando. Suspiró, como si el peso de la obligación fuera insoportable, pero sin otra opción, pulsó el botón de llamada.

Al otro lado, la voz arrastrada e irritada de Alexa respondió, como siempre, con un tono de desdén.



Oye, Katharina. ¿Qué quieres ahora? Si solo vas a molestarme, no llames.

Katharina puso los ojos en blanco, ignorando el sarcasmo, y habló con su frialdad habitual.

"Alexa, 'Cachorro', saca a tus lobos de Los Ángeles. Un demonio viene a atacar y aniquilar a todos".

Silencio. El tipo de silencio que precede a una respuesta impaciente. Entonces, Alexa habló, con una voz más atenta, pero aún cargada de arrogancia.



"¿Estás seguro? ¿Y por qué carajos debería escucharte?"

Katharina apretó los dientes, la irritación brotaba, pero controló su tono.

Porque si no lo haces, habrá más muertes de las que tus lobos podrán soportar, y, sinceramente, no tengo tiempo para verte perder más miembros de la manada. La ciudad se convertirá en un caos, así que o te ocupas de ello ahora o verás morir a tus lobos... a manos de Vergil.

Su nombre hizo que el silencio se prolongara un segundo más. Katharina sabía el efecto que tenía. Alexa no podía ignorar el impacto de saber que él estaba involucrado.

El largo suspiro que siguió fue casi audible en el otro extremo.

—No me gustas, Katharina —dijo Alexa, con la voz más suave—, pero... enviaré a los lobos. No creo que sean los únicos con problemas, ¿verdad?



Katharina prácticamente podía oír la sonrisa de Alexa, la arrogancia disfrazada, pero sabía que había ganado.

—Exactamente. Así que asegúrense de que sus perros no interfieran. No quiero que mi esposo los mate.

Colgó el teléfono rápidamente, sin esperar más respuestas. Dejó escapar un suspiro de alivio y se dejó caer en el sofá, cogiendo otra patata frita.

"Bueno, al menos eso está arreglado", murmuró para sí misma, con la expresión de alguien que sabía que había evitado un problema mayor.



...

Vergil flotaba en el cielo, las corrientes de aire le acariciaban el abrigo con suavidad mientras su mirada se fijaba en la ciudad. Los Ángeles, normalmente una metrópolis vibrante, ahora parecía un campo de batalla a punto de ser desmantelado.

Observó el movimiento de las fuerzas policiales con una discreta sonrisa; sus ojos plateados reflejaban la escena. Varios coches patrulla estaban alineados en las calles, bloqueando las vías de acceso y formando un círculo perfecto alrededor de la zona más afectada. Un intento inútil de contener el caos que él mismo había creado.

Desde arriba, Vergil lo veía todo con detalle. Las luces de los vehículos parpadeaban como puntos de colores en la creciente oscuridad de la ciudad, mientras los policías intentaban, sin éxito, bloquear algo que ni siquiera podían comprender.



Sintió el poder latir en su interior, una satisfacción creciente. La humanidad desconocía lo que estaba a punto de suceder. El círculo formado por las autoridades era más una trampa que una protección.

Suspiró, sin tocar el suelo con los pies. El viento lo impulsaba, pero se mantuvo firme, como si la gravedad no fuera más que una sugerencia. Su presencia allí, suspendido entre las nubes y las calles inundadas de pánico, era pura demostración de poder.

Los helicópteros que sobrevolaban, intentando capturar imágenes de la destrucción, no eran más que juguetes en el cielo. Vergil los ignoró, con la mirada fija en los agentes que intentaban coordinar la operación en tierra. Sabía lo que vendría después, y no había fuerza en la Tierra que pudiera detenerlo.



La ciudad, en ese momento, estaba a merced de su voluntad. La línea entre el control y el caos estaba a punto de romperse, y Vergil disfrutaba del momento.

"Qué patético", murmuró, con los labios curvados en una sonrisa. El círculo formado por la policía era inútil, un intento vano de mantener el orden donde no lo había.

Y, con un movimiento fluido, desapareció en el aire, teletransportándose al centro del caos. Lo que quedaba ahora era pura aniquilación.

Vergil se materializó con un estallido de energía en medio de la dimensión de batalla; la transición entre mundos le resultó tan natural como respirar. La escena ante él era caótica: dos ángeles caídos, con sus alas y ojos negros irradiando una luz glacial, luchaban ferozmente contra dos demonios de aspecto grotesco. El sonido del acero chocando resonó en el aire mientras los ángeles atacaban con precisión letal.

Los demonios, a pesar de su monstruosa apariencia, estaban claramente en desventaja. Las espadas angelicales cortaban el aire con velocidad, cortando y quemando todo a su paso. Pero entonces, algo cambió. Vergil apareció ante ellos, con su imponente presencia dominando el campo de batalla.

Los ángeles caídos se quedaron paralizados por un instante, con los ojos abiertos como platos al comprender quién acababa de invadir sus dominios. El tiempo pareció detenerse cuando uno de ellos escupió al suelo, mirando a Vergil con desprecio.

"Fuera de aquí", dijo uno de los ángeles caídos con voz llena de sarcasmo y desdén. "¿Qué quieres aquí, desgraciado?" Blandió su espada en un gesto desafiante, ignorando el poder que emanaba Vergil.





El otro ángel caído, más joven y furioso, parecía prepararse para atacar. Pero su expresión se suavizó rápidamente al sentir el aura de Vergil, la presión aplastante que ejercía, como si el aire a su alrededor se hubiera espesado.

—¡Rey Demonio! —exclamó uno de ellos, con la voz temblorosa de terror—. ¡Por favor, perdónanos! ¡No sabíamos que estabas aquí!

El otro demonio se inclinó aún más, temblando, con la mirada baja. "¡Perdónanos, Majestad! No pretendíamos interferir en el mundo humano... nuestra señora... Paimon nos pidió que protegiéramos este lugar cuando aparecieron estos idiotas...", dijo, todavía temblando.

«Mi nombre ya se ha difundido...», pensó Vergil, observando a los demonios con una mirada fría, con una pequeña y cruel sonrisa formándose en sus labios. No necesitaba palabras. Su mera presencia bastaba para subyugar a cualquiera que lo rodeara.

"Levántate y vete... Regreso al Inframundo", ordenó con voz fría como el acero. Los demonios, temblando, obedecieron de inmediato, con la mirada aún baja, intentando no provocar más la ira del Rey Demonio.

"Pero—"

—Shh. Vete. —Vergil interrumpió con un tono impaciente, casi condescendiente. Su voz resonó por la dimensión de la batalla, reverberando en el aire como una sentencia de muerte.

Antes de que pudieran reaccionar, una espada cortó el aire tras él, pasando tan cerca de su garganta que el aire mismo pareció vibrar con la amenaza. Pero Vergil, con un movimiento casi imperceptible, la apartó. La espada fue pulverizada en un estallido de energía demoníaca, dejando solo el esqueleto carbonizado del ángel caído en su lugar.





JabraScan
RexScan



Traducción : Leo

"Cerca, paloma", murmuró Vergil, su expresión inalterada mientras el ángel explotaba en una ola de luz y destrucción, el último intento de desafío consumido por la furia del Rey Demonio.

